

nuestros oídos en este mundo, la última palabra que salga de nuestros labios, para que al poner nuestro pie en el horizonte de la eternidad, oigamos los himnos de alabanza y bendición con que te festejan los justos y los ángeles en la gloria, que deseo á todos, en el nombre del Padre, etc. Amen.

## SERMON PARA GENTE DEVOTA

SOBRE

### LOS MOTIVOS PARA SER DEVOTO DE MARÍA.

---

*Quæ est petitio tua? dona... mihi... populum meum pro quo obsecro.*

¿Cuál es tu petición? Dame mi pueblo, por el cual te ruego.

(ESTHER, cap. vii, vers. 3.)

¡Oh cuán feliz era, amados míos, el destino que Dios reservaba al hombre en los primeros días del mundo! Antes que nuestro primer padre saliese de las manos del Señor, no parece sino que este Dios benéfico quiso hacer ostentación de su poder desplegando toda su omnipotencia y fabricando este magnífico palacio del mundo, para aposentar en él al Dueño de la naturaleza terrestre. Preciso es decirlo: esa admirable bóveda del cielo, matizada de estrellas, que cubre al mortal en la vida, debía ser su habitación en la muerte; la tierra de donde salió, reconociendo la nobleza de su Dueño, no debiera producir sino frutos sazonados para sustentar al hombre; y las criaturas todas rendirían homenaje á este Sér noble y privilegiado entre todas las obras del Señor, y que lleva en su alma el carácter de la Divinidad, hecho á su imagen y semejanza. El alma exenta de esas pasiones que tanto la envilecen y degradan; el cuerpo sin sentir los movimientos de la sensualidad, serían tan felices, que

jamás sentirían en sí aquella guerra y oposicion con que hoy se quieren atraer mutuamente, para seguir el uno los movimientos de la sensualidad, y la otra las inclinaciones de una naturaleza corrompida. Hé aquí el estado del hombre en su inocencia, y en él están cifrados los poderosos motivos que tenía para amar á su Dios y estar agradecido á su bienhechor.

Pero el hombre, léjos de cumplir con estos dos preceptos que le imponía la naturaleza, desconoció á su Padre, y cayendo de aquel estado feliz, fué condenado por su desobediencia á un enorme peso de males, arrastrando en su desgracia á una innumerable descendencia. ¡Hombre orgulloso! ¿Crees que saldrás con tu propia fuerza de ese abismo donde te has precipitado por tu voluntad? ¿Piensas acaso abrir sin el auxilio divino esas puertas del firmamento, cuyos cerrojos has echado tú mismo por tu soberbia? No, hermanos míos; y si el Verbo no hubiese encarnado en las entrañas de María, jamás el hombre hubiera tomado nueva posesion de los bienes que una vez perdió por su voluntad. Así, no sólo debía su obediencia á Dios, por ser hechura suya; no sólo debía amarle y estarle reconocido por haberle sacado de la nada y haberle adornado con tan admirables dotes del cielo, sino que por su propio bien y provecho debía humillarse ante el acatamiento divino, y pedirle le perdonase sus delitos é infidelidades.

Hé aquí los motivos que tenemos para amar á nuestro Dios; en cuanto somos la hechura de sus manos, debemos serle agradecidos, y en cuanto somos sus hijos redimidos con la sangre del Cordero y necesitamos su gracia para ser felices, nos vemos obligados á amarle por nuestro propio interés; y estos motivos son los que nos obligan también á amar y venerar á María Santísima. Siendo Ella la Madre del Redentor del género humano, por una consecuencia natural debía ser el canal por donde se

nos dispensasen todos los tesoros de gracia y gloria. ¡Oh qué motivos tan poderosos, amados oyentes, para cifrar nuestro amor en María! Esto hizo decir á San Bernardo que todas las criaturas reciben de la plenitud de esta soberana y excelsa criatura, que á todos abre el seno de la misericordia, para que todos participen de él segun sus necesidades; el cautivo la redencion, el enfermo la salud, el triste la consolacion, el pecador el perdon, y el justo la gracia. ¿Y qué otro motivo os ha obligado á vosotros, amados cofrades de María, á elegirla por vuestra Patrona y Abogada? ¿Podíais acaso encontrar una protectora más poderosa que María, á quien el mismo Dios dice las palabras que en otro tiempo dirigió Salomon á su madre: *Pete, mater, neque enim fas est ut avertam faciem tuam;* pedid, madre, pues no me es permitido negarte nada (3.º, cap. II, 20); una madre más compasiva y que más se acuerde de sus hijos, que engendró entre los acerbos dolores del Calvario; una madre más sensible á nuestro amor? *Ego diligentes me diligo.* No, amados míos, no; y yo os felicito al ver vuestro celo para honrar á esta Madre compasiva de los pecadores, que ante el Trono de su Hijo ruega sin cesar por la salvacion de su pueblo, y muy en particular por sus devotos. *Dona mihi populum meum, pro quo obsecro.*

Para animaros á continuar con nuevo fervor en la obra empezada, os expondré en este dia, consagrado por vuestra piedad á María, los motivos que nos obligan á venerar á esta Señora y tenerla una devocion singular. Motivos de agradecimiento, pues la ingratitud es uno de los crímenes más ofensivos áun á los hombres más lejanos de la civilizacion y de la fé; motivos de propio interés, pues, en sentir de los Padres y Doctores de la Iglesia, despues de los méritos de Jesucristo por los cuales se nos perdonan las culpas y las penas eternas, todo lo demás nos viene de María. En una palabra: debemos ser devotos de

María por motivo de amor y agradecimiento: primera parte. Por motivo de nuestra propia felicidad: segunda parte.

Dulcísima Madre de los pecadores, que llevaste en tu seno al que es la fuente de toda gracia; dispensad en este día vuestra protección á este pueblo que se halla postrado ante vuestras aras; dadme á mí un corazón recto y puro de toda mancha para que os alabe según la grandeza de vuestra dignidad, que os anunció el ángel cuando dijo

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

El pretender penetrar los misterios de la fé sería una impiedad, y la razón humana, tan débil en sí misma, no podrá jamás, sin la ayuda del cielo, llegar á comprender los misterios en que se fundan la grandeza de María, como los derechos que tiene á nuestro amor y agradecimiento. Pero conocidos ya estos misterios, y penetrado el espíritu de los principios y elementos de la fé, digo que la razón ilustrada del cristiano comprenderá toda la solidez en que están estribados los motivos que tenemos de amar y venerar á María. Debemos, pues, amar á María: no os expondré, amados míos, todos los títulos por los cuales entre todas las criaturas María es la que más acreedora es á nuestro amor, y sólo os diré dos que deben en cierto modo obligarnos á amarla, siendo nuestra gran bienhechora y nuestra más tierna Madre. Y para hablaros de los beneficios que ha dispensado esta Reina al linaje humano, ¿no pudiera decir que son inmensos? ¿Qué digo inmensos? Preciso es confesar que son en

cierto modo infinitos: almas cristianas que os hallais penetradas de las luces de la fé, oidme: ¿á quién somos deudores de todos los bienes de la gracia, sino á este divino Redentor que, viendo la familia humana condenada y proscrita sin remedio, tomó un cuerpo y lo presentó á su Padre en holocausto? Ya los sacrificios de la Antigua Ley iban causando un desagrado, digámoslo así, al Dios irritado; la sangre de los becerros que tantas veces había bañado el pavimento del santuario, no era suficiente para apagar el fuego de la ira del Eterno, y entónces el Hijo se presenta al Padre, y le dijo lo que con tanta elegancia explica San Pablo en su Carta á los hebreos (cap. x, 6): *Holocaustomata pro peccato non tibi placuerunt*: Los sacrificios por los pecados no os han agradado; pero Vos me habeis formado un cuerpo unido á la divinidad, que será una víctima digna de Vuestra Majestad suprema. Y entónces dije: *Ecce venio*: Héme aquí, Padre, dispuesto á morir y consumir con mi sacrificio á todos los que han de ser santificados. Y al tomar Jesucristo este cuerpo y decidirse á morir por nuestro amor; al ofrecerse por nosotros á la justicia de un Dios irritado, nos volvió la vida, la esperanza y la salvación.

Y ¿quién es, despues de Dios, el que nos ha dado este Redentor? Bien lo sabeis, amados míos; y ¿cómo dejará María de concedernos todas las demás cosas, habiéndonos dado al que es origen de todas ellas? *Quomodo non etiam cum illo omnia nobis donabit?* En el momento que María concibió y dió á luz al Redentor, engendró la gracia, dió á luz la misericordia, y derramó un torrente de bendiciones sobre la masa de los mortales. Sí, amados míos; todo nos viene de María, pues todo nos viene de Jesús. Esta sangre preciosa derramada una vez en el Calvario por la expiación de nuestros pecados, y que bebemos todos los días en ese precioso cáliz del Nuevo Testamento como una prenda de nuestra inmortalidad; esta sangre de la

nueva y eterna alianza, ha tenido su origen en las entrañas y en el corazón de María. Esa carne adorable, despedazada con tanta crueldad en la Cruz y hecha nuestro alimento en el augusto Sacramento, como el germen de nuestra resurrección futura, es una parte de la carne y de las entrañas de María. La unión inefable de la Divinidad con nuestra naturaleza, por la cual todo un Dios bajó hasta el hombre y el hombre se elevó hasta Dios, se formó en el castísimo seno de María, que fué el santuario donde se hizo la reconciliación del cielo con la tierra. Digámoslo, pues, en alta voz, para gloria de nuestra augusta Madre: el beneficio que debemos á María es el beneficio de Dios, el gran misterio de la redención del hombre, á la cual contribuyó María, no como un instrumento ciego, sino con una cooperación libre y espontánea. Todos fuimos redimidos en el punto en que esta virgen gloriosa, dando su consentimiento á Dios, profirió estas humildes y eficaces palabras, que esperaban los ángeles y los hombres: *Fiat mihi secundum verbum tuum*; palabra que estrelló la cabeza de la antigua serpiente, palabra que llenó las sillas vacías del Paraíso, y elevó al hombre á la dignidad primitiva, de donde había caído por su orgullo. ¿Pueden darse beneficios más grandes? Esto han creído en todos tiempos los Padres de la Iglesia, y esto hizo decir á San Ireneo «que Eva había perdido al linaje humano y María lo había salvado.» *Quemadmodum astrictum est morti genus humanum propter virginem, salvaretur per virginem.* (Cont. *Hær.*, cap. I, v, vi, 19.) Y á Tertuliano, «que hemos sido sacados del abismo por el mismo sexo que nos había precipitado en él.» ¿Y qué otra cosa anunció el Espíritu divino cuando, en el principio de los tiempos, la anunció á la tierra con las señales de la victoria que había de alcanzar sobre el demonio?

Hé aquí, amados míos, una parte de los beneficios que María ha dispensado á los hombres, y que no podrán des-

conocer sin ser unos ingratos, hijos indignos de tal Madre. ¿Cómo, pues, podemos dejar de amar á esta Madre, cuando su amor hácia nosotros ha sido tan grande, que no perdonó á su propio Hijo, y lo entregó á la muerte por nuestro amor? Y si las criaturas incapaces de razón tienen una inclinación natural hácia sus bienhechores, ¿cuántos títulos nos obligan á amar á nuestra única y tan poderosa Protectora? Madre de los hombres; ¿y serán éstos tan desnaturalizados, que, amando con tanta ternura á las que les han dado un sér mortal y caduco, y que no los han dado á luz sino para sufrir una cadena de males y aflicciones continuos, no amen á una Madre que los engendró en otro sér mucho más noble, más feliz y más duradero? *Madre de los hombres*; fijemos un poco nuestra atención en estas palabras, pues ellas solas encierran el compendio de cuanto María ha cooperado á nuestra eterna salvación, y de cuanto puede dispensarnos en esta vida mortal. Nuestro divino Redentor, no sólo quiso morir por nuestro amor, sino que, abrasado con el celo de nuestra eterna salvación, quiso quedarse hasta la consumación de los siglos en medio de sus fieles para fortalecerlos en sus debilidades y animarlos á subir por el áspero camino de la Cruz: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* Y ¿cómo era posible que al morir por nuestra redención, que al ausentarse de los más caros objetos de su amor, dejase á los hombres sin una Madre? ¡Oh, hermanos míos! Aquí mi espíritu se abisma y se pierde, al considerar este misterio de misericordia de Dios para con los hombres. En todo dispuso el Eterno que María cooperase á nuestra redención. El momento había de llegar en que María se ausentase de la tierra, y fuese á recibir la corona de gloria preparada por toda la Beatísima Trinidad. ¡Mortales afligidos, no lloreis, no, ni creais que habéis perdido á vuestra Madre; Ella estará con vosotros hasta la consumación de los siglos! María al pié de la Cruz ha oído el mandato

de su Hijo, por el cual no deberá faltar jamás de entre los hombres; pues á todos los hombres dijo: *Ecce Mater tua*. No lo dudeis, pues, amados míos; así como Jesucristo, por un misterio incomprensible, existirá real y verdaderamente con los hombres hasta la consumacion de los siglos, así María, como Madre de los mortales, les asistirá y les acompañará con su proteccion hasta tanto que el mundo vuelva á la nada; pues miéntras haya hombres en el mundo, habrá quien tenga derecho á su proteccion; habrá miseria, habrá afliccion, y, como dice Ricardo de San Víctor (*in Cantig.*, cap. iv, 5), allí se encontrará tambien la misericordia de María. *Ubicumque fuerit miseria tua currit et succurrit misericordia*.

¡Qué palabra tan consolante para nuestro corazon! *Ubicumque*, etc. ¡Pobres de la tierra que gemís bajo el enorme peso de la miseria y desnudez; no temais, pues allí bajará esta Madre piadosa! ¡Almas atribuladas que bebeis en el cáliz de la amargura, que os veis acosadas por la tribulacion, que creéis ser sumergidas en las tempestuosas olas del mundo; levantad vuestros ojos hácia esta piadosa Madre, pues todos teneis derecho á su proteccion, y Ella correrá presurosa á vuestras voces, si llamais con un corazon puro y penetrado de los sentimientos de la fe! *Ubicumque*, etc. Y vosotros, hombres del mundo, los que vivís bajo techos de oro y empuñais el cetro; vosotros los que, llenos de orgullo y fausto, no oís las miserias que afligen al pobre y al huérfano, ¡qué! ¿pensais que no teneis necesidad de la proteccion de esta Madre de los mortales? Entrad en el seno de vuestro pecho, examinad los disturbios de vuestra alma, los sinsabores de vuestras conciencias, y vereis que estais circundados de miserias mayores que la del último desvalido; pero María es tambien vuestra Madre, y vendrá á vuestro socorro si la invocais. *Ubicumque*, etc. Y nosotros, amados míos, ¿podremos desconocer á esta Madre que un Dios

moribundo nos dió en prenda de su amor; esta divina Madre que el cielo se gloria de tener por Reina; esta Madre tan tierna que no se contenta de adoptarnos por hijos, sino que en el Calvario, y circuida por los más crueles dolores, nos engendró con un modo inefable en las entrañas de la caridad y en la sangre y muerte de su Hijo? ¡Ah, cristianos! Nuestra salvacion depende de nuestra verdadera devocion á María, y el que no quiera tenerla por Madre, no puede ser hermano de Jesucristo, y por consiguiente, ni hijo de Dios y heredero de su reino, pues María es, con más propiedad que Eva, la Madre de todos los vivientes. *Mater cunctorum viventium*. (*Genes.*, cap. iii, 20.)

Y si os hablase de la grandeza de esta Madre; si diese resumir su excelencia y dignidad, ¿cuántas razones poderosas pudiera alegaros para convenceros del amor que debe todo hombre á María? Es evidente que cuanto más noble y más sublime es la persona á quien se ama, tanto más eficaz debe ser el amor y tanto más digno de su perfeccion. Y en verdad, amados míos, ¿qué contraste tan maravilloso no hay entre tal Madre y tales hijos? Aquélla adornada de todas las prerogativas de la naturaleza y de la gracia, y éstos desnudos de todas las cualidades que pudieran relevarlos, y sólo revestidos de los defectos que los degradan aún á sus propios ojos; Aquélla, solícita sólo por el bien de sus hijos, sólo anhela por su felicidad, y éstos, abandonados á sus deseos é inclinaciones perversas, sólo suspiran por las bajezas del mundo, mirando con indiferencia la solicitud y los cuidados de tan benigna Madre. ¡Oh, y qué motivo tan eficaz para ser devoto de María! ¡Oh, y cuándo imitareis á los hijos del mundo en lo que conduzca á vuestra felicidad! ¿No los veis cómo ostentan la grandeza de sus prosapias? ¿Cómo procuran imitar á sus mayores, que se distinguen con hechos ilustres, ó merecieron por sus hazañas la glo-

ria vana de un mundo caduco y perecedero? Y nosotros, cuya genealogía es la genealogía del Eterno desde que María lo concibió en su seno; nosotros, que tenemos por madre Aquélla que, según San Anselmo, no conoce otro superior que Dios y que excede á los ángeles en pureza, á los Apóstoles y mártires en valor, á los Patriarcas y Profetas en fé, y á todos los electos en santidad; nosotros, digo, ¿no procuraremos ser dignos hijos de tal Madre? Todo cuanto hay de grande, todo cuanto hay de excelente, de sublime, de soberano y de celestial, todo se halla reunido en María, pues Ella sola, dice San Bernardo, poseyó en sumo grado cuanto los demás Santos tuvieron dividido y repartido. *Quidquid singuli habuerunt tu sola possedisti.*

Penetrados, pues, de estas verdades, seríamos los más inconsecuentes y ultrajaríamos á María si, confesando ser nuestra Madre, no la profesáramos el amor y respeto que le son debidos, si conservásemos una odiosa indiferencia ó no la tributáramos el culto que la piedad filial de los cristianos la ha consagrado. ¡Oh, mil veces dichosos los que saben amar á esta Madre de misericordia! ¡Cuán grande es el consuelo que experimentan al invocarla y bendecirla! ¡Qué bellezas tan admirables descubren en la contemplación de sus virtudes! Pero, sobre todo, ¡qué frutos tan abundantes recogen de su protección! ¡Qué bienes tan copiosos de aquel manantial inagotable! De modo que si el amor y el reconocimiento no nos obligasen á ser devotos de María, aún habría otros motivos que nos compelerían á amarla y venerarla, y estos serían nuestro propio interés, objeto de la

## SEGUNDA PARTE.

El hombre pertenece á dos ciudades: á la ciudad celestial, de donde deben ser un día ciudadanos y moradores, y la ciudad terrenal, en donde la Providencia los colocó para que les sirviese de lugar de combates y de victorias. Así el mortal tiene dos géneros de interés: el uno del tiempo, y el otro de la eternidad; necesario es decirlo, amados míos, para nuestra confusión: apenas los hombres piensan en los intereses de la verdadera patria, que es el cielo, como si el alma acabase con el cuerpo y no debiese durar tanto como Dios, ó feliz ó desdichada por la eternidad. Hablemos de los intereses del cielo, devotos cofrades, pues ellos son los más importantes, y para que os encendais más y más en la devoción á María, oid lo que dice San Bernardo: «Dios encerró, dice este Padre, el precio de nuestra redención en el seno de esta Virgen; de tal modo, que todo cuanto tenemos de fé, de gracia y de esperanza, todo viene de María.» Santo Tomás de Villanueva (Serm. 3.º, *De N. V. M.*) dice que Ella es la única esperanza y la única Patrona de los mortales. *Nescimus aliud refugium nisi te.* Otros Padres nos la representan como la dispensadora de los tesoros de Jesucristo y como medianera necesaria cerca del divino Juez. ¿Qué podrá añadirse de más bello y de más sublime que la expresión con que la nombra San Epifanio, quien la llama «propiciatorio universal del mundo,» *commune mundi propitiatorium?* Y en efecto, pues, como dice un gran sabio de estos últimos tiempos, «es constante tradición de los Padres antiguos y de la Iglesia, que por un decreto inmutable de la Sabiduría eterna, María contribuirá por toda la eternidad á todas las operaciones de la